

PARA NO MORIR TAN SOLA

Escritura en pandemia

2022

(Fragmentos)

Claudia Rodríguez

Sola hablo, hago ruidos, meto bulla.

Sola, hablo conmigo misma, en voz alta para escucharme, para verme reflejada, me hago bromas, me canto.

Sola, me cuento cuentos, me invento discusiones, me obligó a responderme.

Sola, me habló a mí misma y me repito las cosas, como para no morir tan sola.

Antes, me di completamente a la carne, al placer y al olvido solo porque sí, pero eso ya quedó en el olvido, toda esa disposición a penetrar y ser penetrada dejó de ser la normalidad de mi vida en pandemia. Se hace difícil escribir en estos momentos. Mi madre ha muerto y no sé cómo sobrevivir sin ella. Su muerte me obliga a pensar en mi muerte. En las condiciones de mi muerte. Ella nos tenía a nosotras, a mi hermana y a mí para asistirle velarla y sepultarla. Yo no tengo a nadie. Ella murió en plena pandemia, desquiciada deseando por fin un descanso. Prefería por fin la muerte en su casa, a morir sola en una cama de hospital sin que nadie la cuide y la acompañe, por no ser un cuerpo prioritario, por su edad y sus antecedentes de paciente crónico. El sistema de salud público no provee camas y hospitalización para enfermos crónicos de 89 años. La pandemia la sentencio a morir en el más oculto silencio de la salud pública. Mi madre murió cada vez más pequeña, sin hambre, se fue secando, con muy poca sangre que desintoxicar y sin atención médica ni cuidado del dolor. Ella siempre soporto el dolor.

De noche, durante los noventa y la década del dos mil, todas mis amigas travestis fueron jóvenes y hermosas, no había nadie como ellas para reinventarse noche a noche, eso siempre será innegable. Eran tan talentosas. Además de usar con maestría el maquillaje la Esta cantaba, llegó a ser muy reconocida en los shows de las discotecas, por imitar con un gran espíritu, artistas como Madonna, Liza Minelli, Boy George y montón de personajes internacionales y la Otra se especializó en danzas orientales, aprendió con exactitud y gracia todos los movimientos de la danza del vientre, la danza egipcia y danzas tradicionales antiguas del Oriente. Se hizo parte de varias compañías, primero como aprendiz y luego como maestra. Y así todas, poseían alguna capacidad para desarrollar sus propias formas de sobrevivir, paralelas a la prostitución. En mi caso, por mi necesidad de mantenerme viva en el ambiente, siempre fue necesario observar con detención las conversaciones de después de la noche y antes de la noche siguiente, arrinconadas, de cinco, de diez, de treinta travestis en

una pequeña pieza, de un escondido cité, antes de la transformación, los cuentos que ocurrían pasado el mediodía, a la luz del maldito sol. En esos fragmentos del día, cuando despertábamos destruidas, para mí, no había experiencia más salvadora que comer y escucharlas. Una dijo, quiero una cazuela de vaca con papas y zapallo como las de mi abuela. Solo en esas conversaciones se podía descubrir quienes en realidad éramos, solo ahí, chasconas, sin maquillaje, sucias, se llegaban a comprender las grandes razones, las verdaderas preguntas, las simples respuestas y, sobre todo, desde qué lugar de la vida se habla. ¿Cómo hacía la cazuela tu abuela? ¿Quién fue tu abuela? ¿y tu mamá? Siempre hubo un antes sin contar, qué te hizo creyente y temerosa de dios, un pasado que te hizo temeraria y sin vergüenza, siempre hubo un camino que te llevó a defender tu vida y matar si es que fuera necesario. A la Miriam Hernández la encarcelaron por quitarle la luma a un paco y enfrentarse a él de igual a igual, de madrugada, cuando se prostituía, le saque la chucha al de verde, furiosa, porque me quería robar la plata de todo mi trabajo. Escuchándolas, me hice un poco parecidas a todas, para encontrar mis razones, mis luchas y por, sobre todo, elaborar estrategias para no morir tan sola.

Mi mamá vivió ochenta y tres años, desde 1938 al 2020. Cuando mi mamá nació, Marilyn Monroe tenía doce años viviendo en un país completamente en desarrollo, mientras que ella, la niña Doralisa, crecía en un campo prestado, hija de inquilinos, al interior de una de las regiones del sur, fría y lluviosa. Aunque no tuvieron nada en común, me gusta pensarlas al mismo tiempo, dos mujeres, como millones de mujeres similares, que nunca se llegaron a conocer, vivieron y murieron en el mismo mundo. En el fondo, porque tengo una sospecha resentida, creo que ni la Marilyn, ni mi madre fueron felices. Mi madre, así como las olas que no saben que van a morir siempre al mismo lugar. La Doralisa, trabajó desde muy niña para colaborar con el sustento de la familia, aprendió a lavar, limpiar, barrer y ordenar, perfeccionándose a través de años de servir, sin siquiera imaginar que alguna vez pariría a una hija travesti, que la observaría, y reparara que la vida es una ola, inconsciente, sin memoria. Soy la hija travesti, de una mujer que quizá nunca fue feliz. Mi madre murió después de toda una vida de trabajo doméstico, apegada a la vida de su proveedor y a sus hijos. Nunca la vi libre. De los días de acompañamiento que hicimos con mi hermana en su despedida, me llamo la atención que se fue sin pedir perdón y sin perdonar a nadie. En las últimas conversaciones que tuvimos, para ella la vida fue lo que fue y las deudas se tendrían que pagar en el momento justo. Mi madre analfabeta tenía una fe ciega en la justicia, en una justicia superior. A mi madre, descendiente de mujeres que mueren como las olas, la constituía la visión de algo superior, no este país, ni esta ciudad. Lo superior se refiere a mujeres que creen en todo lo que oculta el cosmos.

Me duele pensar en la Marilyn, ver sus fotos de infancia. Para mí, esas fotos simbolizan todas las infancias del mundo, incluso, de esta parte sur del mundo, que nunca importo. Para no morir tan sola, en plena epidemia, encerrada, hablo sola, hago ruidos, meto bulla. Me quedo pegada en sus películas, persiguiendo sus ojos claros enmarcados en el rímel negro sobre

negro, como la mirada de una esfinge egipcia. Ver ese triste maquillaje, que, día a día, se fue alcoholizando. Cuanta tintura, cuanto pelo quemado. Me duele la Marilyn como si la hubieran matado ahora mismo, aquí, en Chile, estrangulada, asfixiada, drogada y violada, por el gobierno, como a cualquiera de nosotras, por la política, los negocios y la hipócrita industria del entretenimiento, mostrando su sonrisa, una y mil veces, a diario, negando que la mataron y que nos matan. Para no morir tan sola, hablo conmigo misma, en voz alta, para no olvidarme de mi voz, en esta soledad que me priva de pensar en algo que no sea lo mismo, en ser linda, poseer belleza, obviando que hay hombres en oficinas de inteligencia, que son mafias que odian a las mujeres y a las travestis. De su figura, me da pena que se explote su caminar alegre, como si no se sintiera hastiada del personaje de prostituta pobre, chantajeada, para que siempre hiciera de tonta feliz, para el show. Me da pena todo lo que se oculta, que fue una hija no deseada y que vivió desamparada como las lesbianas y las travestis. Eso hace parte del negocio para la industria cinematográfica, negar la vida misma. Marilyn nadie ama incondicionalmente. Cuánto dolor me da pensar en ti, Marilyn, pero, justamente por esto, bauticé a mi cachorrita color chocolate, adoptada, con su nombre, porque quiero una Marilyn feliz, quiero darle la oportunidad a una Marilyn en el mundo, de ser feliz, despreocupada del deber de hacer películas, para que corra feliz por el parque, con su colita bailarina y alegre. Para no morir tan sola, me hablo para verme reflejada en algo, en cosas, en banalidades, me hago bromas, me canto y pienso en ideas en las cuales nadie piensa. Cuanto maquillaje, cuanto polvo compacto y sombra tornasol tapando el sufrimiento de las muertes de la guerra en Corea. Una vez, yo también quise ser hermosa. Una vez quise ser una de las travestis más hermosas del país, pero me di cuenta que los privilegios no son ni lógicos, ni democráticos, ni justos, ni comunitarios, ni revolucionarios, éticos ni esperanzadores. Para no morir tan sola me cuento cuentos, me invento discusiones, me obligo a responderme. Cuanta purpurina tapando el desprecio por la vida de los pobres que quedan huérfanos, y ¿tu Marilyn? Fragmentada, desquiciada, viviendo en la cima de la mortandad de tu época y ahora convertida para la eternidad en el icono de la industria del espectáculo, del show gay, que desfila y niega tanto su pobreza, como su Sida.

En plena pandemia, con un futuro incierto, los gruñidos llorosos de mi pequeña Marilyn me despiertan, ella sentada en la cama frente al ventanal del piso once de este diminuto conjunto urbano, mira concentrada una luz blanca que alcanzo a ver que levita y desaparece. Se diluye en el aire. Pienso que fue un sueño, pero ella continuamente ve cosas invisibles. Mi pequeña Marilyn tiene esos poderes. De madrugada se levanta de mi lado y ladra desesperadamente a nada que yo pueda ver en medio de una ciudad que duerme. Como que la contactan entes, como que se comunica con fantasmas que no alcanzo a descubrir. Ella me hace dudar de mi cordura ¿me estará haciendo mal tanto confinamiento en estas dos habitaciones de este gris departamento? Yo pensando en esto con tantos miles de muertes anunciadas por los noticieros. Me lleno de dudas y me pregunto qué clase de relatos serán útiles de pensar hoy, para ser consideradas en el futuro como historias significativas, qué escritura, qué textos serán las referencias necesarias para que quienes necesiten leer sobre esta crisis sanitaria se expliquen

la historia sobre nosotras en este pequeño rincón del mundo, con miedo a infectarnos. Qué se recordará mi querida Marilyn de nuestras acorraladas y anónimas existencias. A mí me ha sido difícil escribir, no logro concentrarme en nada, los noticieros me aturden, el riesgo del contacto con alguien que me transmita el virus y terminar muerta, tirada en cualquier vereda. En este caos, en plena epidemia pienso en la Marilyn, la estrella de cine con quien compartimos parecidos traumas de infancia A mi cachorrita la busqué y la fui a encontrar en una peligrosa villa, de rufianes que vigilan las esquinas, en una casa oscura, triste y sin recursos para crecer con esperanza. Me vio y se aferró a mis brazos para no morir tirada en la calle. Recuerdo esto y se me aprieta la garganta. Me imagino que la pequeña Marilyn es un regalo que llegó a mí para cultivarla. Su naturaleza y la mía pueden ser recíprocas y amigas. Me hace sentir la madre de una niñez especial, que se comunica únicamente con los ojos. Este encuentro me conmueve de la misma forma al encontrar las imágenes de la otra Marilyn, la platinada, cuando miro sus ojos tristes veo a una niña pequeña, una criatura añorando ser abrazada, recogida, salvada por una madre. Pienso en mi madre, para ella nunca fue imprescindible saber leer y escribir para ser madre. Mi madre, opuso su maternidad analfabeta a este mundo amargo, ella insistió y me tuvo. Su resistencia fue un derecho que se sobrepuso a un mundo que lo asesina todo, por eso mismo la orfandad me desconsuela. Me amarga que la infancia se enfrente a tal precipicio. Hay ojos que explicitan con triste ternura lo que al mundo no le importa ver.

Tengo una relación especial con mi pequeña Marilyn. A la Marilyn solo le puedo sacar fotos dormida porque cuando esta despierta es un torbellino, no se queda quieta y se come todo, por eso se me enfermó y lo pasamos mal por su estómago. Le sonaba como una tormenta de acabo de mundo. Esta hija mía es una existencia tan frágil que tengo miedo de dañarla por ser yo como soy, trágica para todo, terrorista y culposa. Me alegra tanto que haya hecho caquita y que se coma el pollito donde le disolví las pastillas pa la guata.

Hoy despertó feliz otra vez, así que arranqué de los noticieros y le prepuse salir de paseo. Caminamos con cierta ansiedad a la plaza más cercana, la liberé de su correa para que disfrutara del espacio seguro, lejos de los autos, de caminos ondulantes con zonas de pastos, árboles y arbustos, interrumpidos por bancas de madera para descansar y disfrutar del sol de invierno. En las noticias, las autoridades sanitarias dieron permiso de una hora para pasear con nuestras mascotas. A esa hora de la mañana solo éramos nosotras en la plaza. Difícilmente nos podríamos encontrar con otras parejas, de seguro, era mejor no compartir los mismos espacios. Encontrarse podría hacer que el Covid instantáneamente apareciera. Marilyn ¿Qué estas comiendo? Por favor, no vayas a comer caca.

Como te lo explico, para que me entiendas completamente Marilyn Monroe, te hablo para que conozcas mi voz, mis tonos, mi cariño, pero, es más, para que sepas de a poco, con el tiempo, cómo es la vida, que la vida es injusta y difícil.

La Marilyn no me mira.

Marilyn yo te voy a proteger y te voy a cuidar como a una hija, pero tienes que poner atención a todo lo que te diga. Le repito su nombre para que sepa que ese es su nombre, Marilyn, Marilyn, Marilyn.

La niña no muestra ningún interés.

Te voy a enseñar a cuidarte, a que tengas el máximo de información posible para que tomes las mejores decisiones y seas una criatura de bien a pesar de haber nacido aquí, en este país. A pesar de lo que diga la gente, y que nadie crea en ti, te voy a contar todo lo que se.

La chiquitita, con cara de foca, tiene más ganas de jugar que de poner atención.

Yo le hablo a ella. Desde que estoy a su cuidado la llamo con su nombre, Marilyn, Marilyn Monroe. Le digo Marilyn pis, pis, pis, para que sepa que debe hacer caca y pipí en el mismo lugar, sobre el papel de diario.

También le hablo del país, del sistema neoliberal, de los riesgos de morir injustamente y también de mi dolor de espalda. Marilyn tienes que saber de todo. Mientras en la tele hacen un espectáculo de la muerte, yo le converso sobre la importancia de la vida y su pleno derecho a existir segura y feliz.

Mi bestia peluda, no me pesca y solo quiere jugar y que la acaricie otra vez, durante horas. En plena pandemia nos hacemos compañía.

Fíjate en la novela Marilyn, en las imágenes, en los personajes, en los discursos, como se sostienen los mismos valores capitalistas, la impunidad de los poderosos, cómo desprecian la vida de los pobres, los negocios no sólo se tratan de dineros y ganancias, sino que también de poder y control sobre otras vidas, sobre la vida de los pobres.

La Marilyn es una cachorrita color chocolate con calcetines blancos. Tiene ojos color miel y a veces cuando me mira, se parece a la mirada de mi mamá que se murió a principios de año en plena pandemia. Ella está cumpliendo siete meses y tiene poderes mágicos.

El otro día como en los primeros destellos del amanecer, en el centro de Santiago, en el piso once, mirando hacia la cordillera, esta Marilyn me despertó haciendo sonidos guturales sentada en mi cama con sus ojos fijos más allá del ventanal, la mire y en segundo vi lo mismo que ella: a dos metros del ventanal, cerca de las seis de la mañana en el centro de la ciudad, en tonos azules del amanecer, cómo una criatura marina saltó entre un mar de edificios, avanzando con todo el poder de sus aletas, emitiendo un canto profundo de madre protectora, a la más grande de las ballenas azules. La vi y el agua salada reventó en el ventanal.

La Marilyn atraviesa las paredes, vuela del dormitorio a la cocina y respira como un dragón, Cuando ladra se transforma. Ahora, cualquier monstruo tiene algo poderoso que decir.

La Marilyn me hace pensar que las travestis podemos tener poderes que ni siquiera imaginamos, las travestis podríamos contar con la misma potencia heroica de la mujer maravilla.

Me gustaría tanto ir a dar al mar.

Me gustaría tanto llegar al mar y correr entre las olas como la Jaime Sommers, con su pelo natural al viento, un día de sol por la mañana, y gritarle al Oscar Goldman, soy feliz, porque si, pero dicen que está prohibido ir a las playas por la pandemia mundial.

Me pongo en el lugar de la Jaime y pienso en su felicidad, porque un grupo de travestis discriminadas de Santiago de Chile se sienten interpretadas por ella, por ese nombre de hombre, Jaime que en inglés es nombre de mujer. Que un grupo de travestis marginales vimos su serie y la recordamos hasta ahora. Hasta el día de hoy. Alguna vez discutimos por qué la mujer biónica tendría que sufrir tanto, como en las novelas venezolanas, como la pobre Lupita Ferrer, por un justo asenso profesional y luego el accidente que la dejó al borde de la muerte, pero lo peor de todo, por la reacción de rechazo de sus implantes cibernéticos que fue desarrollando por científicos ultrasecretos.

¿Por qué el hombre nuclear no tiene esas histéricas crisis incomprensibles que ponen a la Jaime en duda de sus capacidades de heroína? ¿Acaso sólo los hombres pueden ser psicológicamente aptos y sanos para ser super héroes? ¿Por qué él no desarrolló ese mismo rechazo a los implantes cibernéticos?

Muchas veces con mis amigas travestis conversamos sobre esa discriminación silenciosa y secreta.

Por qué la hacían parecer loca y frágil en comparación con Steve Austin y otros héroes, y le restaban capacidad, haciéndonos dudar de su equilibrio emocional para cumplir misiones de espionaje como agente de la Oficina de Inteligencia Científica norteamericana.

Las series de la tele nos dan y nos quitan al mismo tiempo.

Ella era tan joven y hermosa, pero para la inteligencia norteamericana, en secreto, ella era una criatura difícil de amar, un monstruo lleno de cicatrices que las cámaras nunca mostraron, pero que nosotras sabíamos leer. Por eso se parecía tanto a nosotras. Nosotras las travestis de este rincón del mundo tan cortadas y pegadas como la mujer biónica.

Para nosotras, cada uno de los efectos especiales en cámara lenta, cuando usaba su fuerza, eran increíbles y emocionantes, tanto así que lo soñábamos en nuestras propias vidas y la imitábamos. Nos cargábamos de la risa “ellaaaa la Jaime somer”.

Entre nosotras jugábamos a que teníamos esos poderes de escuchar a kilómetros de distancia lo que decían los hombres que pasaban en sus autos por las calles oscuras. Que ganas de tener un brazo biónico para dejar de tenerles miedo a esas manadas de transfóbicos que deambulan por las zonas de prostitución travesti.

Definitivamente, en nuestra adolescencia travesti queríamos ser un poco parecidas a ella y tener su fuerza bionica, creernos importantes y tener unos maravillosos implantes de metal en nuestros cuerpos para defendernos de la policía, que cuando nos allanaban nos macheteaban el pelo y parecíamos enfermas de sida, para detener los ataques de los delincuentes que nos quieren descuartizar y hasta de los clientes que muchas veces no nos quieren pagar.

En nuestras conversaciones de locas, soñábamos que, en algún momento, en el futuro podríamos llegar a ser biónicas, porque consumíamos cantidades de hormonas femeninas y nos inyectábamos cantidades de silicona, para ser otras travestis, mejores, que podríamos llegar a ser verdaderas ciborg y super heroínas, autónomas, capaces y felices, pero sin esa culpa injusta de la serie, descargándolos de las cicatrices y los dolores del pasado, para dar grandes saltos, derribar muros y conquistar el mundo.

Sería tan maravilloso que en el futuro fueran naciendo niñeces trans con habilidades cibernéticas que les permitieran sobrevivir protegidas de las violencias de las que nuestras generaciones fuimos víctimas, que nadie pueda decir que somos banales y frágiles, y que de a poco se vayan sorprendiendo de nuestro poder.

Mis amigas travestis me cuentan que han tenido problemas para conectarse por falta de plata, que no han podido pagar los planes y les cortan la conexión.

Que se conectan cuando pueden y cada vez menos.

La cosa de la pandemia no les da respiro, pura pobreza y pasar necesidades.

El cuento es que hace algún tiempo se anda hablando del cuento de una chique no binarie, jovencita, que la han visto merodear sola por el barrio franklin.

Nadie sabe si vive por ahí o viene de lejos, pero de a poco se ha ido generando que decir.

Unas dicen que es palidita, otras dicen que es muy callada para su gusto, que la han pillado con hambre y frío, pero que muchas la quisieran conocer, porque el cuento es medio increíble, dicen.

Dicen que hace mucho tiempo, cuando le chique era más chique, se juntó con unas travas putas de la calle, viejas, porque como que andaba perdía por la calle Placer, por el barrio franklin.

El cuento es que, estando las locas en la calle, se pusieron a conversar al lado de le chique perdida y de un rato pa otro, así como por arte de magia, se les prendió el celular, les sonó, y sin haber pagado el plan de internet, así como automáticamente se les dio el acceso al Facebook, al wifi.

Las locas repiten que ni siquiera tenían pagado el plan, y así como así, se les prendía todos los accesos a las redes. Las locas estaban cargadas de la risa. Se acercaban a le chique y se prendía el sistema, se alejaban de le chique, y se les apagaba el celular, así que así se empezó a correr la voz del caso de le chique no binarie.

Dicen que todas empezaron a preguntarse cómo, por qué, con qué, a le chique le pasaba esto, pero cada vez mejor. Al principio a centímetros de elle, después a metros y después a más distancia. Como que se fue alimentando el poder que tenía porque cada vez la conexión era más fuerte, estable. De a poco entre la comunidad se fue corriendo la voz, de los poderes de le chique. De qué había nacido un chique con esta energía, con este poder en su cuerpo.

Mis amigas travestis totalmente dislocadas, me cuentan que las otras locas empezaron a creer que la cosa era como científica, imaginaban que no sé porque razón a le niñe se le formaron dentro de la guata de su madre, hilos de electricidad entre los músculos que ahora son capaces de transmitir acceso a las redes sociales, o que tiene en su sangre protones y neutrones, minerales eléctricos, concentraciones de cobre y litio entre el calcio de las células, dicen, algo super posible a esta altura de la vida.

Que sus células tienen la capacidad de adaptarse mágicamente al medio ambiente.

El cuento es que empezaron a decir que había nacido ese chique con esa capacidad de distribuir cada vez a más gente, wifi y todas las redes sociales. Facebook, Twitter y LinkedIn, TikTok e Instagram.

Dicen que de a poco la empezaron a querer, a pesar de ser tan piola.

A pesar de ser tan para adentro y de pocas palabras, porque, aunque la fueran a ver y le llevarán de comer para hacer amistad, elle no hablaba nada, ni contaba el cuentos de que por aquí o por allá de su energía, ni su poder, nada de eso le hacía creer de alguna cosa de su superioridad.

Le chique era seguida por montón de gente sin decir media palabra, sin contar cuentos, ni discursos políticos, nada, piola le chique, calladite, siempre pa adentro, sonriendo, cariñose.

Si, así, dicen que empezó a ser seguida por un montón de gente.

Dicen también, que cuando le preguntan a la gente cómo se llama, cómo es o dónde vive, nadie sabe decir nada, porque la cuidan.

No quieren que la pillen las autoridades y la vayan a tomar presa, así que la que sabe, sabe.

Pero hay que ser piola, porque dicen que como cada vez más gente está teniendo Facebook, Instagram, WhatsApp y Tinder gratis, lo más seguro es que las compañías de las telecomunicaciones, empiecen a perseguirla y la acusen de terrorista, de criminal, por hacer que los millonarios de las comunicaciones transnacionales pierdan millones de dólares.

El cuento, es que, es como un cuento urbano.

Dicen que es la pura verdad, pero nadie sabe decir por donde anda.